

¿Qué gané al ser parte del *Jessup*?

Por Santiago Caballeros Gutiérrez

Febrero 1, 2021

El Jessup es la mejor decisión que he tomado en mi carrera. *Hands down!*

Y hay elementos muy obvios que la hacen súper atractiva. Por la propia naturaleza de la competencia, trata de una experiencia que tiene un gran peso curricular para cualquier profesional del derecho que pretenda desenvolverse en el área del derecho internacional. Es bastante *elite*, por así decirlo. La proyección académica y profesional que deviene de involucrarse en este *moot* durante los años de estudio significa, para cualquier estudiante, un valor agregado a los ojos de empleadores e instituciones educativas.

Otro atractivo, más notorio y tangible, de ser un participante de la competencia, es la rápida evolución del estudiante que participa como agente, pues es un gran desafío para el desarrollo de habilidades de investigación, comprensión lectora, escritura, oralidad y entendimiento del inglés jurídico, a un nivel verdaderamente envidiable. Las técnicas del típico curso de dos semanas de escritura, o las aprendidas en las clases de primeros semestres, la neta se quedan cortas. No que las segundas sean malas, pero definitivamente el Jessup juega en otra liga.

Pero toda esta información es evidente de una somera búsqueda de testimonios anteriores sobre la competencia. La realidad es que, de mi experiencia, puedo decir que todo lo anterior se vuelve secundario, incluso marginal, frente a la huella personal que deja el concurso **en quienes se comprometen con él**. Ojo con esto, porque es elemental.

Cuando entré a la competencia, era un estudiante de derecho aún joven e inexperto. No sabía hacer casi nada. Pese haber tenido una experiencia previa en otro *moot* (la Competencia de Derechos Humanos "Sergio García Ramírez" en su edición de 2016), lo que me esperaba en el Jessup era de una exigencia que no imaginaba y para la que no estaba preparado. Fue a mediados de mi quinto semestre, en abril de 2017, que vi publicada la convocatoria para participar en la edición 2018 del Jessup. Para ser completamente franco, al inicio no captó mucho mi interés. Parecía sobrevendido y demasiado bueno para ser verdad. Además de pretencioso, como si ese estigma no pesara suficiente a los ojos de todos en la fuente.

De cualquier manera, acudí a la sesión informativa. En ella, los *coaches* designados para ese año comentaron su experiencia como participantes, y sus expectativas para el equipo de 2018. Después de la sesión y de hacer investigación por mi parte, mandé un correo diciendo que quería participar (obvio todo formal y serio, ridículo pues).

Mi expectativa e interés cambiaron durante las sesiones de verano. El Derecho Internacional Público es en verdad cautivador. La belleza detrás de los temas estudiados, así como la pasión que transmitían los *coaches* por la competencia, provocó en mí una constante sed de aprendizaje del derecho internacional. Al poco tiempo de mi desenvolvimiento como agente, comencé a identificar cambios en mi nivel de lectura en inglés y de mis conocimientos de derecho en general. Esto, tanto en contraste con mis compañeros de generación, como en mi trabajo como pasante en litigio y arbitraje. Leer, entender y resolver problemas se volvía, paso a paso mucho más sencillo y entretenido. Siendo participante, desarrollé una adicción al estudio del derecho internacional, sensación que ha permanecido latente desde entonces.

La etapa de análisis del caso fue aún más demandante, tanto académicamente como en el aspecto emocional. A partir de que se publicó el caso hipotético, todo empezó a depender del equipo. Si bien teníamos los *coaches* para guiar el diseño y redacción de los memoriales, la realidad es que adquirimos una responsabilidad sin precedentes en nuestra vida como estudiantes. Éramos los representantes de la IBERO; nuestro desempeño hablaría por toda nuestra comunidad estudiantil a los ojos de las mejores universidades del país, abogados, internacionalistas y, en caso de acudir a las rondas internacionales en representación de México, frente a los ojos de todo el mundo.

Pese a mis intenciones de imprimir todo mi esmero en la competencia, los cuestionamientos sobre el valor de la misma comenzaron a abrumarme. ¿Qué pasaría si no ganábamos las rondas nacionales? ¿Valía la pena todo el tiempo invertido? ¿En verdad es una competencia tan reconocida como me la "vendieron"? ¿Tendrá en verdad un impacto en mi CV? Preocupaciones que después me enteré son bastante normales para cualquier participante en *moot courts*. Esto, aunado a las opiniones de compañeros y profesionistas que desacreditaban el valor de lo que hacía, con frases como "es una pérdida de tiempo", "eso no es experiencia de verdad" o "ni siquiera te pagan", impactó enormemente en mi estado de ánimo y mi visión de la competencia. Pero decidí seguir adelante con mi decisión y hacer mi mayor esfuerzo. Ya me había comprometido y, salvo por esos comentarios negativos, la verdad estaba disfrutando el proceso.

Aunque eso no duraría tanto. Terminando el semestre, el equipo se encerró en una casa para terminar la redacción de los memoriales. Estar encerrado durante más de un mes preparando argumentos escritos, cambia a las personas. El mínimo de horas que creías necesitar para funcionar, se reduce considerablemente. La velocidad de lectura se triplica. El idioma inglés se practica hasta alcanzar su dominio total. Diseñar argumentos de derecho es tan fácil que se vuelve automático; todo lo que ves y escuchas se vuelve materia de análisis jurídico. Y esto que narro parece exageración, pero es lo más cercano que puedo describir los efectos de ser un *jessuper*. No mentiré, el proceso es cansado y tenso, pero los frutos son exquisitos.

Entregamos los memoriales a mediados de enero y recuerdo la felicidad y el orgullo con el que cada uno de los integrantes del equipo mirábamos esos pedazos de papel. Nos sumíamos una y otra vez en las páginas que habíamos escrito. Tenían una estética perfecta; ninguno de mis trabajos escritos de la carrera se asemejaba en lo más mínimo a ese compilado de argumentos y citas. Ahora entiendo, claro, que se trató de un documento comparable en cuanto a su calidad, con aquellos diseñados por los despachos más respetables del país. Y con esto, tampoco exagero.

Finalmente, la etapa de rondas orales fue realmente formativa para mi orgullo. Comenzamos a practicar inmediatamente entregado el memorial, para exponer los argumentos orales ante los que nos juzgarían en tan solo unos meses. Fui muy duro conmigo mismo cuando no me salían las cosas. Y con mis compañeras también. Incluso con los *coaches*. Constantemente cuestionaba sus métodos y me preocupaba que el equipo no diera el ancho de la calidad de la competencia. Pero golpe tras golpe y tropiezo tras tropiezo, mi carácter como orador se fue forjando. Me tuve que admitir a mí mismo que, pese a los éxitos que había tenido como estudiante y como pasante, seguía muy lejos de reconocer que tenía mucho por aprender, y recordé (a la mala) que la principal razón por la que estaba en la competencia fue, precisamente, para aprender y mejorar mi técnica. Y no fue hasta aceptarlo que comencé a mejorar en mi exposición. Eventualmente, tanto María Muriel (mi cooadora) como yo, estábamos listos para la semana de rondas. O al menos eso creíamos.

La realidad es que, al entrar a ese salón lleno de gente, se me congelaron las manos e incluso me sentía mareado de los nervios. Estaba a punto de someter todo un año de trabajo arduo y cansancio inimaginable al escrutinio y consideración de tres personas que jamás había visto. Al hacerme preguntas, más agresivas que indagatorias, me pregunté sobre la validez que tenía la opinión de estas personas. Sin duda fue la ronda más difícil, pero, dado ese primer paso, lo que siguió fue de lo más sencillo y natural. Nos divertimos espléndidamente en las subsecuentes exposiciones, postrados con un aplomo muy ajeno al que teníamos al inicio del Jessup. Ahí me di cuenta que éramos abogados cambiados.

Antes de la deliberación para determinar cuáles equipos pasarían a la ronda final y competirían para representar a México en las rondas internacionales, mis *coaches* estaban más ansiosos que nunca. Sabían que teníamos oportunidad, pero les preocupaba que se trataba de un año sumamente difícil. Yo estaba de lo más tranquilo. Ya no había nada más que hacer. Ya había acabado todo. Veía las risas de mis compañeras de equipo, el orgullo de mis *coaches* al voltearnos a ver, y me vi parado en medio del edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores con toda la certeza de que ese día, merecía sentirme feliz por lo que habíamos logrado; que ya no había nada más que esperar. A esto, me acerqué a mis *coaches* y los abracé con todas mis fuerzas, y les dije antes de entrar a la sala de deliberación: "No se

preocupen. No tenemos que entrar. Quiero que sepan que yo ya gané. Y lamento haberme dado cuenta hasta ahora”.

La verdad es que entré a Jessup para mejorar mis habilidades como futuro abogado. Para complementar mi CV con una competencia sumamente reconocida y aclamada. Para lucirme en el salón de clase con todos los conocimientos que me dio el ser parte del Jessup. Pero el tesoro del Jessup no es nada de eso. Es la gente que te encuentra en el proceso. Ahora puedo decir con certeza que la mejor razón para entrar a Jessup es que se trata de un concurso que me permitió conocer a las personas que a la fecha son las mejores amistades que he tenido la fortuna de encontrar. Que me permitió abrir los ojos para entender de una forma diferente esta profesión a la que me quiero dedicar. Todo esto suena muy cursi y romántico. Lo sé. Eso no significa que lo que digo sea falso o desatinado. Es garantía que participar en Jessup provoca que cualquiera se encuentre rodeado de personas increíbles.

El vínculo personal que hice con las personas con las que tuve el privilegio de compartir esta experiencia, es la mejor victoria de la competencia.

El cariño por la competencia y por la continuidad de esta escuela de entrenamiento me llevó a fungir como *coach* para las ediciones de 2019 y 2020. Debo decir que repetir esta experiencia con otros compañeros, tan diferentes entre sí, fue igual o incluso más gratificante. Y a partir de estas experiencias es que me ha quedado más claro que nunca, que el Jessup se gana desde que uno decide participar y darlo todo por la competencia, por el equipo, por la Universidad y, desde luego, por uno mismo.

Santiago Caballeros Gutiérrez

Representante de la IBERO en la competencia “Philip C. Jessup International Law Moot Court Competition” como agente en la edición de 2018 y como entrenador del equipo representativo en las ediciones de 2019 y 2020.